

Legna
Rodríguez Iglesias
Mi novia preferida
fue un bulldog francés



*Cualquier semejanza con hechos reales pueden
echarme la culpa a mí.
Me tiene sin cuidado.*

Mi novia preferida
fue un bulldog fran-
cés: respondía a mis
regaños orinándose.

I. Política

Morí seis meses después de haber cumplido noventa años. De meningoencefalitis. En un Hospital Militar situado muy cerca del Casco Histórico, a un kilómetro del Zoológico y del Casino Campestre. Dejé una esposa, tres hijos, cinco nietos y dos bisnietos. Luego nacerán otros bisnietos, morirá mi esposa, envejecerán mis hijos. Todo a su paso. En orden natural y cronológico.

Todos creen que es un catarro, con sus fiebres y escalofríos, pero es la meningo. Me ven temblequear y se asustan pero los catarros *son siempre así*. El cuerpo se corta, la cabeza duele, la temperatura sube, mandíbula y manos empiezan a temblar.

Como estoy muerto no siento nada, libre de sentimientos, disfruto el espectáculo. Mi esposa, una anciana de un metro cincuenta, está sentada a la mesa cuando llega mi hija a darle la noticia de que fallecí. Mis nietas preferidas, las que criamos mi esposa y yo, se ríen en el cuarto de desahogo. Es una risa nerviosa. Una risa que significa *no puedo creerlo*. Los perros saben que estoy aquí, sentado en el mismo lugar de siempre.

Al morir me tapan con una sábana. Me llevan a la morgue. Me abren en dos. Me serruchan la cabeza. Me cierran por el mismo lugar donde me abrieron. Me sacuden. Llega mi hija a arreglarme. Lloro mientras me viste. Me peina como a un niño. Abotona la camisa. Cierra el zíper del pantalón. Ajusta el cinto. Se recuesta en mi pecho. Soy su padre.

Mi hija se da cuenta de que dejaron el marcapasos adentro. Quiere llamarlos, pero es por gusto, ninguno de ellos volverá a abrirme para sacar el pequeño objeto metálico. El marcapasos continuará funcionando hasta que se oxide ba-

jo la tierra. Los otros muertos, a mi alrededor, no podrán dormir en paz. Yo tampoco podré dormir. No tengo sueño. Ni miedo.

Los otros muertos, en comparación conmigo, no merecen tanto la pena, ni el velorio, eso piensan mis familiares y amigos cuando llegan al lugar y husmean por el resto de la funeraria, se asoman y se exhiben, qué porquería.

Dentro de dos años, cuando los encargados del cementerio, junto a los familiares, que será solo mi hija, como siempre, saquen los restos para poner las cenizas en una caja pequeña y rendirle homenaje cada vez que visiten el cementerio, el marcapasos estará intacto, incluso brillante, como un pensamiento, claro y lúcido.

Mi hija llega a la casa con la boca contraída. Los ojos rojos y aguados. Todos se dan cuenta de que he muerto. Menos mi esposa, mujer ingenua, desde hace un tiempo hay que explicarle todo con lujo de detalles. Entonces se lo explican, que soy un hombre muy fuerte pero que la meningocefalitis es más fuerte que yo. Ella entiende. Promete no exaltarse. No llorar. Se acuerda de mí, su esposo. Su compañero durante más de sesenta años.

Nací el veintiséis de enero de mil novecientos diecinueve, en una zona rural alejada tanto del mar como de la ciudad. Trabajé en el campo, bajo la lluvia, desde que cumplí seis años. A esa edad empecé a fumar, tabaco negro, para no desmayarme en el camino.

En mil novecientos treinta y seis, cuando estalló la guerra, comencé a luchar a favor de la República, unido a un grupo de compañeros de un origen diferente. Mi origen. Participando en manifestaciones y recolectando fondos de ayuda. Mis padres, de mi mismo origen, solo hacían silencio.

Aprendí que un hombre es un país. Aprendí que un país es un sistema. Aprendí que un sistema es un monstruo. Aprendí que un monstruo es un Dios. Aprendí que Dios no

existe. Aprendí que Dios sí existe. Aprendí que yo no existo. Aprendí que yo sí existo. Aprendí que un hombre no puede irse, porque esta es su casa, esta es su madre, y este es su padre.

En mil novecientos cuarenta y seis y en mil novecientos cuarenta y siete fui perseguido y hecho prisionero por las fuerzas del Régimen de Turno, como consecuencia de mi activa participación en acciones defensivas, rebeldes. Conocí los olores de la cárcel, la oscuridad absoluta, el sol. Me oriné y defecué encima. Cárceles como el Príncipe, el Presidio Modelo, y Francisquito, me vieron entrar y salir, por una puerta ancha, transformado en hombre.

Al salir de la cárcel continué en lo mismo. Las marcas bajo mi piel eran ahora vitales, atractivas. El Partido Socialista Militar, y todo lo que se le pareciera, se convirtió en casa, recinto. En este período y después de mil novecientos cincuenta y dos, organicé reuniones secretas, clandestinas, bajo mi propio techo, para lo cual tuve que tomar medidas y lograr que no fuéramos descubiertos. Nada de esto hubiera sido posible sin mi esposa, mi amor. Ella buscaba y elaboraba los alimentos, repartía los platos, me besaba y abrazaba desde un lugar alto, desconocido. Su beso era pan y agua.

Al ocurrir el asalto a los cuarteles más importantes del país, el Partido me orientó ingresar en una Orden Religiosa, para tener acceso a la imprenta donde se elaboraban volantes y otros tipos de propagandas que luego yo distribuía. No creía en Dios y los miembros de la Orden veían en mis ojos los ojos de una bestia más o menos feroz.

Eso soy y eso son mis hijos y mi hija, y eso son los hijos de mis hijos, y las hijas de mi hija, bestias más o menos feroces.

Hacíamos carbón en nuestra casa, yo y mi esposa, juntos. Vivíamos del árbol y el amor. En nombre de esos árboles llevé el fuego a otras casas, la comida. Recaudé fondos, ropas y armamento. Debajo del carbón, sobre mi carro, tras-

ladé y entregué las mercancías. Mi esposa me acompañó muchas veces, en mi recorrido por la ciudad y otros lugares cercanos. Y ella misma dejó armas, allí donde nadie supo.

Siendo Presidente del Consejo, con su apoyo y el concurso de los que me eligieron, construí una Escuela que hoy sigue siendo la escuela de nuestra comunidad. El jardín de la escuela no tiene flores, debe de ser el calor, o la tierra, pero antes tuvo.

En mil novecientos sesenta, después del Triunfo, dirigí las cooperativas carboneras de la provincia, participando en la intervención y organización del resto de los trabajadores. Vi las fundaciones, la luz, el universo.

Nunca acepté propuestas de residencia en casas intervenidas. Levanté mi hogar con vigas y columnas de madera. Dos cuartos y un portal fueron suficiente. Mis hijos querían más pero yo no les di más. Los hijos de mis hijos querían más pero yo no les di más. Las hijas de mi hija, cuando nacieron, quisieron más. Yo les di lo necesario. Mi esposa hizo silencio, bajó la vista, me dio la mano. Los huesos de su mano entre los huesos de la mía.

Continué fundando, dirigiendo, prestando ayuda. Cada hombre es la continuidad de otro hombre, así como cada acción es la continuidad de otra acción. Eso hice y haría, si la meningo no me hubiera agarrado por los pies, si no me hubiera traído aquí.

La meningoencefalitis es una enfermedad que recuerda simultáneamente ambas meningitis. Ocurre por una infección o inflamación de las meninges, y por una infección o inflamación del cerebro. Hay muchos organismos causantes, tanto patógenos virales como bacteriales, y hay microbios parásitos, traidores. La enfermedad se asocia con altas tasas de mortalidad y severa morbilidad. El cuerpo se corta, la cabeza duele, la temperatura sube, mandíbula y manos empiezan a temblar.

Para mí que la padecí y sufrí, es algo que se emparenta con una revolución. El cuerpo humano es el sistema contra el que la revolución lucha, al principio clandestinamente, luego más organizada, expuesta y pública, y al final de un modo aniquilatorio. El cuerpo se corta, la cabeza duele, la temperatura sube, mandíbula y manos empiezan a temblar.

El cementerio es el último lugar que ocupa el cuerpo, revolucionario y frío. Hay flores secas por todas partes y eso el cuerpo lo siente. Las sensaciones continúan un poco más después del receso corporal que constituye un fallecimiento. La revolución que ha tenido su apogeo en el cuerpo sigue viva algunos días, es por eso que el cuerpo se desintegra, porque una cosa muy rebelde se retuerce adentro, tratando de progresar hacia otra fase.

Esta otra fase es la nulidad. Queda terminantemente prohibido intentar doblegar la revolución, sin embargo, es lo que sucede en cuanto el cuerpo se da cuenta de ella. Su impronta, su realidad, no tiene precedentes en el cuerpo. De ahí el hecho definitivo que funda en el cuerpo una base de asentamiento y radicalización. La familia no existe. Eres tú contra ella o a favor de ella. Yéndote con ella o resistiéndote. Resistencia que a la larga le otorga una dosis de contundencia.

La funeraria, una casa antigua, enorme, anterior propiedad de algún burgués, está recién pintada. Consta de baño y cafetería, pero ambos se han deteriorado al punto de no poder ofrecer servicios. En una de sus capillas descanso yo, un cuerpo antiguo, también. Otros cadáveres completan la matrícula. Son de distinta índole, sexo y edad. Mi cadáver es sin duda el menos joven.

Durante la noche hay pocas personas. Con la mañana empiezan a llegar, en grupos o en familias. Todos velan a sus muertos. Todos son iguales.

Mi capilla es la más llena. Incluso en un momento tan solemne como este, las personas sienten orgullo. Mi familia

está orgullosa. Se les ve en los ojos, en la forma de velarme y sentarse a esperar a mi lado, al lado de la caja. Hijos, nietos, sobrinos, primos. Todos tienen un halo vanidoso, una actitud de suficiencia, los bendigo.

Falta alguien y es mi esposa. La única que no hubiera querido que faltara, a mi lado todo el tiempo. No puede levantarse del balance. Ni podrá. Al cabo de unos días, probablemente, se fracture una cadera yendo en busca del almuerzo. Estas cosas pasan, sobre todo, durante el luto, la tristeza.

Sé que hay flores, escudos y banderas. Sobre mi caja hay medallas. Seis. Condecoraciones que merecí, que bien guardé. Ahora las guarda mi hija y luego las guardará mi nieta, una que no cree en lo que yo creo. La que se ríe de mí. La que más llora. La que no se separa de la caja. Son tres, en realidad.

La bandera nacional no deja que se vean los clavos de la caja. Mi hija la tendió sobre la caja, a todo lo largo y ancho, nunca he visto una bandera así. Me erizo. Los clavos son puntillas pequeñas que se ven de todas formas. Las cajas, de madera mala, están forradas con tela negra. La tela se ciñe con puntillas pero no existe elegancia en ello. Es lo que molesta a la familia del cadáver.

Mi hija no quiso demasiadas flores porque solo había de un tipo, moradas y azules, flores feas. Que llenan el espacio de un olor a cementerio casi insoportable. Igual huele a cementerio. Mis hijos varones se van muy lejos a buscar flores. Quieren flores a toda costa. Pero las flores no tienen ninguna importancia. Solo la bandera es importante. Y las condecoraciones. Y la familia. Consiguen azucenas. Mi hija se conforma con las azucenas.

Una de las niñas no deja de mirarme, asomada al cristal de la caja cree ver dos hormigas entre mi pelo. Las hormigas corretean como si fuera un césped. Mi hija la llama y ella no va. De todos los presentes, será ella la única que contará la historia. Nació para eso. Para contar la historia. Tal vez, incluso, se pase la vida contando historias que no son su historia.

Trato de pensar que
escribir este libro con
unas gafas *vintage* es
lo mejor que me ha
pasado. Mientras
más lo pienso, más
se me salen las lágrimas.

II. Monstruo

En todo caso, mi caso sería el primero de una lista de casos excepcionales a los que no había que prestar mucho caso, siendo una excepción, aunque multiplicada, mal, o bien, de minoría.

A la hora y el lugar exactos, mi solicitud, a título de organismo, debería ser oficialmente aceptada por un guardia de seguridad que se aseguraría de mirarme a los ojos y hacer coincidir esa expresión con su homóloga en un documento de identidad que dos segundos antes habría sido depositado por mí en sus manos. Asimismo, otros detrás y delante de mí actuarían de manera idéntica.

Avancé durante una cuadra hasta el próximo guardia de seguridad, que, como el anterior, pidió mi carné y el de los demás, fijándose de nuevo en mi apariencia así como en la apariencia del resto, todos al teléfono. Yo deslicé la mano en mi bolso y apagué mi teléfono sin que el guardia percibiera un movimiento. ¿Alguien trae teléfono?, preguntó, entonces levanté, tímida, la misma mano que unos segundos antes había deslizado en mi bolso. El guardia sonrió. Cruza la calle, me dijo, y guárdalo en esa casa. No entendí. Calculé rápidamente cuánto me había costado el teléfono, entre el precio del teléfono y la cuota para iniciar una línea sumaban en total ciento sesenta, lo mismo que entregaría antes de ser cuestionada, dentro de cortos instantes. No se puede entrar con teléfono, ordenó el guardia, ni encendido ni apagado, ningún teléfono. Crucé la calle y me detuve frente a la casa. De la casa salió una mujer que estiró la mano para que yo le entregara el teléfono, mi teléfono, con

confianza. A cambio de mi teléfono me dio una chapa. Número veinte, que no se pierda, advirtió la mujer. Que no se pierda el teléfono, pensé mientras me metía la chapa en el bolsillo. Una chapa sucia, de madera, de pino, con el número veinte casi imperceptible. Di media vuelta apurada, previendo no separarme de mi sección de organismo. No cruces, exclamó el guardia, debes volver a la esquina, reportarte en la garita y avanzar despacio hacia aquí, no se permite correr.

Un parque a dos cuadras de la Oficina sirve de sala de espera a la población corriente. En el parque abundan las cámaras, sobre los postes del tendido eléctrico, oficiales vestidos de civil se despliegan entre la población e informan a la Oficina de cualquier gesto o rumor que se desencadene. La mayoría de las personas congregadas en el parque comienza a sentarse en la acera cuando ve que el tiempo pasa y aún no ha sido llamada. Las piedras grandes también sirven de asiento. Los adultos mayores se desesperan y algunos sufren ataques, les baja o les sube la presión, lloran. A los jóvenes que les entra hambre, se les ofrece la opción de comprar, en alguna cafetería vecina, sándwich de queso, de jamón, o de jamón y queso.

En el parque no corre el viento, sin embargo, a medida que te acercas, una brisa de agua comienza a levantarse, a lo lejos el mar embiste contra la orilla, el cielo se hace gris, la brisa se transforma en ráfaga, quieres darle la mano a alguien, apoyarte en alguien, un individuo, un ciudadano, de preferencia a título de organismo.

Entramos. Una mujer revisó mi bolso, encontrando en él objetos desaprobados por la Oficina para portar durante entrevista. (Lapiceros, gel de aloe para manos, gel hidratante para cicatrices, hilo dental Oral-B, Lipstick Rouge, sombra de ojos, máscara de pestañas, lima de uñas, pinza de

cejas, mentol chino Tjing Liang Yu, memorias flash, teofilina de 200 mg y termómetro. Todo lo que una mujer necesita.) Otra chapa me fue dada y otras pertenencias me fueron retenidas frente a miradas reprochadoras de mis iguales. Ojalá que no se pierdan, pensé mientras me metía la chapa en el bolsillo, sintiendo el roce de las chapas contra el muslo. Dígame su nombre, pidió la mujer, y yo se lo dije. Aquí no se pierde nada, soltó la mujer antes de que subiéramos la escalera y desapareciéramos en el interior por una pesada puerta de hierro que se abría electrónicamente y se cerraba detrás de ti como una pared definitiva.

Adentro no fue peor. Muchas personas en fila. Cinco ventanas encristaladas con un agujero en el centro a través del cual depositaríamos nuestras indemnizaciones. Algunas personas, como yo, a título de organismo, depositaban ciento sesenta. Pero no todo el mundo depositaba lo mismo, las tarifas ascendían de acuerdo a los motivos de la audiencia. A una niña de dos años se le trabó la pierna en un hueco y empezó a llorar. La pierna no salía y el llanto continuaba. Las personas querían ver a la niña desde sus puestos, inclinaban los cuellos, las cabezas, pero la niña era muy pequeña, solo se oía su llanto, la angustia. Le dije que no la soltara, dijo un guardia a la encargada de la niña, tratando de sacar la pierna. La expresión del guardia no alivió a la niña ni consoló a su encargada, más bien alteró a las dos, agravando el accidente. La pierna no salió. Las personas lo olvidaron. El guardia hizo mutis. Después de pagar, otra pesada puerta de hierro y otra pared. El interior de un lugar desconocido en el que cada vez más parecíamos desaparecer.

Sillas de madera pintadas de amarillo dispuestas frente a una pantalla que no decía nada, números rojos, insignificantes. Sentadas en las sillas, alrededor de cincuenta personas, tal vez el doble. Perdía facultades.

En el mismo orden que llegamos nos sentamos. Al llamado de una voz que decía nuestros nombres nos levantábamos de uno en uno para que nos tomaran las huellas. Primero índice, anular, del medio y meñique derechos. Luego

índice, anular, del medio y meñique izquierdos. Luego pulgares. Había que esforzarse. No era fácil pegar las yemas perfectamente. Para ello una mujer servía de ayudante, empujando con sus manos nuestras manos. Diez huellas digitales por cabeza sumarían quinientas huellas cada media hora, más o menos, sin contar las huellas a título de organismo. Llamó mi atención el escáner, una lámina transparente que iluminaba mi mano si la acercaba a la luz. Por fin algo agradable.

Agradable también el diálogo acontecido entre los que como yo pertenecían a un organismo. A diferencia de las personas que venían a solicitar permiso de manera individual, nosotros, los de organismo, teníamos plena confianza en que nuestros permisos no serían rechazados, por razones obvias. Y a nosotros, los de organismo, se nos veía en el rostro la tranquilidad que ofrece estar seguro de sí.

Estuve esperando mi turno tres horas, sentada al lado de pintores, artistas de cine, profesores titulares, doctores, científicos, empresarios, ingenieros. Nuestros organismos nos favorecían. Lo que amparaba la comunidad de nuestros organismos era el Ministerio. Al Ministerio el agradecimiento infinito, y el deseo de que continuara, incansablemente, mejorando el mundo.

Las conversaciones de los hombres de organismo giraban en torno a temas de tipo académico. Un hombre a mi lado se fijó en mis muslos, desnudos y pálidos, cubiertos de vellos sin afeitar. Fue cuando me di cuenta de que a una entrevista se debe asistir en pantalón o vestido, jamás en prendas semejantes a mi short. Las chapas en mi bolsillo derecho me rozaron el muslo, tintineantes y frías. Hace frío aquí, expresé. Crucé las piernas. Me mordí un labio. Me rasqué un seno. Sonreí. Le pregunté al hombre en qué trabajaba y me contestó, en el Ministerio.

No pregunté su nombre porque con que trabajara en el Ministerio era suficiente. Un Ministerio sustenta a un país. Lo fortalece. Lo constituye. Levanté mis brazos al cielo y di gracias por mi familia y mi pueblo, por mí, de estar sentada

al lado de un hombre tan relevante, alguien que me honrara con su presencia, su sino.

Cerca de nosotros, solicitantes a título de organismo, había por lo menos tres ventanas, encristaladas y con sus respectivos agujeros en el centro, por donde se oía la voz de quien interrogaba detrás. Las interrogantes, aparentemente ingenuas, giraban en torno a asuntos personales, casi íntimos, de familia o trabajo. Los permisos solicitados eran en su mayoría denegados. El ciudadano hacía una mueca, derramaba algunas lágrimas y avanzaba hacia la puerta al límite del colapso. Buenas tardes tenga usted, le decía la voz del otro lado, pase el próximo. Y volvía a producirse una escena parecida. No debíamos tener dudas respecto a nuestras solicitudes, la certeza del otorgamiento casi conquistaba nuestros ánimos, el organismo al que pertenecíamos había dado ya su opinión sobre nosotros. Sin embargo, el terror asomaba a nuestros ojos, las pupilas querían dilatarse. El aire acondicionado, tan agradable al principio, había cobrado un valor invernal, me quitó los espejuelos.

Uno por uno, los de organismo fueron pasando. Entrevistas cortas o largas, frívolas o constantes, transcurrieron durante un tiempo de más o menos tres horas. Mi turno llegó al cabo, fui llamada por mi primer apellido, luego por mi nombre. Buenas tardes señora, alcancé a oír, cómo está. Muy bien, ¿y usted?, respondí. ¿A qué va exactamente?, fue la primera pregunta. Es un evento internacional, fue mi respuesta. ¿Usted qué es?, preguntó la voz de nuevo. A esa pregunta dudé un momento. Yo era yo en todo mi ser, pertenecía a un organismo que pertenecía a un Ministerio que pertenecía a un país, y estaba orgullosa de ello, muy orgullosa. ¿Tiene familia allá?, fue la tercera pregunta. No, nadie. ¿Le gustaría quedarse allá? No, no me gustaría. Entonces, sin que pudiera secarme el sudor, escuché la frase tan conocida, buenas tardes tenga usted, ha sido un placer, pase el próximo.

En caso de ser aceptada, a esa frase antecedía otra, donde le informaban al solicitante el día y la hora en que debía recoger su permiso. Y en caso de pertenecer a organismo,